
El arte de hablar según El hombre fino (1829)

The Art of Speaking according to The Fine Man (1829)

Mariano de Rementería y Fica

RESUMEN

Se presenta un compendio relacionado con el deber ser de la interacción social cuando iniciaba el segundo cuarto del siglo XIX. ¿Quién saludaba a quién?, ¿dónde?, ¿cómo?, ¿con qué? ¿De qué se hablaba y de qué no se hablaba? El acucioso lector hallará en estos folios lo que se concebía como el buen tono, ciertas reglas y ejemplos del arte del conversar en aquella época; sobre qué no hablar, ¿qué se recomendaba?, ¿qué se aceptaba y qué se rechazaba? Es un extracto de una obra, cuyo título abreviado es *El hombre fino (1829)*. Esta fue escrita y adaptada a la sociedad española por don Mariano de Rementería y Fica a partir de manuales franceses de cortesía. ¿Qué motivó la obra? En su Introducción, explica el autor que si bien “Jamás un libro podrá dar el conocimiento perfecto del uso y tono de la que se llama sociedad fina”, sí le servirá “a quien una timidez natural puede privar de las preciosas ventajas de que la naturaleza y la educación le hubiesen dotado.” Rementería y Fica nació en Madrid en 1786, pero se crio y formó en Bilbao. En el convento San Francisco con sede en esta ciudad, estudió Latinidad y Filosofía. Más tarde pretendió hacerse religioso pero la inestabilidad política de España lo condujo por el mundo laico de las letras. Hoy se le reconoce como periodista, traductor y profesor.

Palabras clave: conversación, reglas, siglo XIX, El hombre fino, Rementería y Fica.

ABSTRACT

This is a compendium related to social interaction at the beginning of the second quarter of the 19th century: who greeted whom, where, how, with what, what was and was not being talked about? The keen reader will find in these pages what was conceived as good tone, certain rules and examples of the art of conversation at that time; what not to talk about, what was recommended, what was accepted and what was rejected? This is an excerpt from a work, whose abbreviated title is *The Fine Man (1829)*. It was written and adapted to Spanish society by Mariano de Rementería y Fica from French politeness manuals. What motivated the work? In his Introduction, the author explains that while “Jamás un libro podrá dar el conocimiento perfecto del uso y tono de la que se llama sociedad fina”, it will serve “a quien una timidez natural puede privar de las preciosas ventajas de que la naturaleza y la educación le hubiesen dotado.” Rementería y Fica was born in Madrid in 1786, but was raised and educated in Bilbao. In the San Francisco convent based in this city, he studied Latinity and Philosophy. Later he tried to become a religious man but the political instability of Spain led him to the secular world of letters. Today he is recognized as a journalist, translator and professor.

Keywords: conversation, rules, XIX century, El hombre fino, Rementería y Fica.



CAPITULO II

DE LA SOCIEDAD DE BUEN TONO

Difícil es determinar al sentido exacto de este nombre. Duclós piensa que la compañía de buen tono no es sino una quimera parecida á una república dispersa, cuyos miembros hallan en todas las clases; y tanto mas espontáneamente adoptamos esta opinion, cuanto se acerca bastante á nuestro modo de concebir, pues que seguramente la sociedad de buen tono puede hallarse en todas las clases tanto en las mas elevadas, como en las mas ínfimas. Una educacion bien entendida, sentimientos generosos, conducta y conocimientos; hé aquí lo que puede constituir á cualquiera miembro de una sociedad de buen tono. No obstante, debe haber tambien cierta disposicion, una gracia especial, un cierto tacto particular. El conocimiento de algunos estilos es necesario, no precisamente para ser admitido en la sociedad de buen tono, si no para ser colocado en ella convenientemente, y brillar cada uno respectivamente.

En primer lugar se debe entrar en el mundo con un espíritu de benevolencia general, el cual no consiste en aprobarlo todo indistintamente y no enfadarse jamás, sino que el enfado no se dirija nunca contra las personas: y si la circunstancia se hiciese por sí misma tan urgente que casi arrastrase á este sentimiento, nazca á lo menos de la esencia de las mismas cosas, y no aparezca como una opinion ya formada, y que de antemano estaba uno pronto á producir. En la sociedad de buen tono quedan, por decirlo así, confundidas todas las clases, no porque no se distinga y honre a cada cual en particular, sino porque aquellos que la forman deben considerar que han entrado en ella bajo el pie de una igualdad de dignidad, esto es, de tener unos para, con otros una deferencia respetuosa. Un hombre rico en semejante sociedad debe olvidarse de sus riquezas, no tratar de prevalecer ni por sus trenes, ni por sus casas de campo, ni por el poder que le da el oro que tiene entre manos, pues que igualar o humillar a sus semejantes con la ostentacion de unos bienes de que ellos carecen, es no solamente señal de una alma pequeña, sino tambien faltar esencialmente á las leyes de la fina civilidad. Examínense si no las personas y señalemos por ahora las del sexo femenino que queriendo darse importancia no dejan de repetir:

mi marido el Conde, —mi pariente el Corregidor, —la familia del señor Marqués, — he hablado al Ministro, —estoy viéndole todos los días, —de las primeras que pueden entrar en su audiencia. Semejantes personas creen que sus palabras tienen una importancia diplomática, y si bien lo consideran no se adquieren sino envidiosos criticadores que tendrían gran gusto en humillar unos humos tan fuera de propósito.

Un hombre fino evita todo lo que puede ser brusco en sus discursos, y no procura llamar la atencion demasiado. Lo hemos dicho, que la sociedad no es un palenque para combatir, y que lejos de abandonarse en él á discusiones demasiado prolijas, es indispensable saber ceder algunas veces. Basta á cualquiera decir su opinion, y manifestar sus sentimientos, sin que se empeñe en oprimir á su interlocutor con el peso de sus razones; antes bien ha de procurarse no tener demasiada razon: y como no se trata de votar despues que se haya hablado, deben evitarse todas las fórmulas parlamentarias.

Frecuentemente sucede el hablar ligeramente ó aventurar una proposicion que solo es una chanza y que jamás se podria sostener con formalidad. Un hombre de buen tono no debe precaverse de estas ligerezas, sino juzgarlas, pesar lo que valen, y dejarlas caer por sí mismas particularmente cuando una de estas proposiciones se escapa á una muger, se debe procurar distraer la conversacion á otro objeto, y tener el arte de borrar la impresion que haya hecho. A veces suele ser esto un favor muy particular hecho a la persona misma que no lo olvida jamás. Las señoras lo suelen conocer y tenerlo muy presente.

Como todo el mundo tiene derecho a los miramientos y distinciones de los demas, es necesario sostener cierta igualdad y dominar sus propias impresiones. Este arte de cubrirse de un barniz semejante al que hace desaparecer en nuestros muebles las asperezas ó desigualdades del material, no debe denominarse falsedad, si se reflexiona que en el mundo no tanto se vive para sí, como para los demas. Los arrebatos, las escenas violentas, el choque de los intereses, y todas las tempestades de las pasiones es cierto que se encuentran en el mundo, pero en la sociedad de buen tono deben hallarse



los hombres, aun de caracteres opuestos, como dos egercitos en el momento de una tregua. Con mucha razon, pues, los genios impetuosos y los de imaginations melancólicas se alejan de la sociedad y viven voluntariamente aislados; así se alimentan de sus pensamientos, encantan su existencia ideal con todos sus recuerdos é imaginations de felicidad. Los poetas por lo regular son distraidos y pensativos: las mugeres jóvenes buscan involuntariamente el aislamiento: los amantes se bastan á si mismos; pero el mayor número de gentes ignora estos sentimientos reales y no obstante anovelados: y aquellos que saben conocerlos y apreciarlos están ocupados por otra parte con el cuidado de su fortuna y de sus adelantamientos. Los vínculos del parentesco nos ligan a la sociedad y nos arrojan al mundo, en donde nadie gusta de sentimientos exclusivos. Sucede ademas que pasada la edad de estas ilusiones se halla uno sin saber como, en conversaciones ligeras que se emprenden y se dejan sin emocion alguna: no se diga por eso que en la sociedad de buen tono no hay personas apasionadas, pero reconcentran en sí mismas la espresion de sus sentimientos, y afectan la indiferencia que no tienen, prueba segura de la delicadeza y finura de sus modales. Una conducta opuesta lleva consigo los mas perjudiciales inconvenientes: en primer lugar llama la atencion hácia la persona que se ama y compromete la felicidad, haciendo públicas cosas á las que es tan conveniente el misterio, y rompe ademas la armonía de la sociedad en que deben aparecer divididos los sentimientos. Adherirse exclusivamente á una muger, es faltar al miramiento respecto á las otras; es establecer una cita en medio de gentes que no deben ser ni sus terceros, ni sus espectadores.

CAPITULO VI *DE LA CONVERSACION*

No hay cosa mas difícil en el mundo que sostener convenientemente una conversacion larga y variada: sucede ser el escollo donde se estrellan las personas de talento, la piedra de toque de los caracteres de cada uno, y en la conversacion es en donde se conoce á un hombre bien educado. Labruyere dice que el talento de la conversacion no tanto consiste en manifestar el propio, como en hacer brillar el de los demas. Todo el que salga contento de

sí mismo despues de haber hablado con vosotros, lo está de vuestra persona, porque nos hemos de hacer cargo de que los hombres no gustan de admirar, sino que quieren agradar ; y no tanto quieren alegrarse é instruirse, como verse aplaudidos, consiendiendo lo mas delicado del placer en proporcionar el de otros. Por aqui se puede conocer lo dificultoso que es acertar en esta materia, y cuanta aplicacion y estudio requiere. Todas las conversaciones tienen dos partes muy diversas: la del que habla, y la de aquel ó aquellos que escuchan. Es un gran arte en el mundo el, de saber escuchar: y pues que el moralista que acabamos de citar establece fundamente que los hombres no gustan de admirar, sino que quieren agradar, y no tanto procuran instruirse y alegrarse como verse aplaudidos, se sigue que para que nos amen y busquen, debemos procurarles este placer. Hombres ha habido que han alcanzado reputacion de juicio y aun de talento con solo el arte de saber escuchar. Escuche pues el hombre fino con una atencion constante, y persuádase que así habrá cumplido con la mitad de los deberes de la conversacion. Al escuchar á cualquiera no deben divagar los ojos de un lado á otro en examinar los cuadros ó flores de la tapicería, ó los adornos de la sala; pues si se dirige á otros objetos que á la persona que habla, ¿qué quereis que ella piense? Al contrario, debe dirigirse siempre la vista al que habla, sin fijarse en él demasiado para no embarazarle, y siempre de manera que pueda juzgar de la impresion que produce. No haciéndolo así, da uno á entender ó que no quiere oír por cansancio o fastidio, ó que teme que le lean su modo de pensar en sus miradas, lo que da a entender desconfianza ó disimulo. Hay tambien personas que aunque escuchan con atencion, la vivacidad de su sangre, ó una impaciencia natural, no les permite estar un solo momento en reposo o bien arrugan entre sus dedo la punta de su corbata, ó ya abotonan y desabotonan el chaleco; si estan sentados, llevan el compás con los pies: si levantados cambian á cada instante de posicion, ó bien delinean en el suelo figuras algebráicas. Nada hay mas inurbano é impolítico, ni mas contrario á aquella gravedad dulce y decente que se debe conservar en la sociedad.

Síguense á estos tales aquellos que no escuchan ó escuchan mal; los que interrumpen una conversacion repentinamente. Háblase de política,



de artes, o de literatura, y salen exclamando con que hace buen tiempo, ó que llueve, ó el número del día, del mes, ó el nombre del día de la semana; preguntan qué hora es, y acercándose a una señora admiran indiscretamente lo bonito de su chal o la elegancia de su vestido. Estos son los enemigos mortales de toda conversacion amable y arreglada. En un momento una reunion de personas tiene que ser martir de su necia fatuidad ó de su grosera impolítica; pero no faltan ocasiones en que un hombre de talento y juicio interrumpa á tiempo una conversacion que juzga peligrosa o demasiado animada. Cuenta Sterne que hallándose en una reunion de París se trataban cuestiones peligrosas en su esplanacion y resolucion. El Conde de C*, uno de sus amigos era quien con mas ardor se entregaba á la discusion y adelantaba paradojas que dificilmente hubiera sostenido, ó que se hubiera avergonzado de quererlas sostener á sangre fria. Sterne se acercó al Conde, y cogiéndole de la mano, le dijo; señor Conde, ¿no hecha V. de ver que su sortija esta demasiado apretada y que debiera holgarse mas? Al buen entendedor una palabra. Con efecto, una palabra de un sábio basta, repuso el Conde, y la conversacion mudó de objeto; pero rara vez se hallan estas ocasiones: es necesario mucho talento para aprovecharse de ellas, y hay pocos Sternes.

Ninguna cosa hay mas impropia, segun Dios y segun la sociedad, dice otro moralista, que el apoyar en una conversacion aun las cosas mas indiferentes con largos y fastidiosos juramentos. Un hombre honrado merece ser creido con el simple si ó el no; su carácter es el que jura por él, concilia el crédito á sus palabras, y le merece toda especie de confianza. No jureis, pues, jamás, ni apoyeis nada sobre vuestra palabra de honor; esta espresion no debe prodigarse, y cuanto se diga debe ser la pintura sencilla de lo que se piensa. Querer afirmar una cosa con un juramento que no se exige, mas bien inspira duda que confianza: pues entonces se asemeja uno á los bribones que nos engañan y estafan, hablando sin cesar de su honradez y probidad.

Es verdad que los amantes juran sin cesar y ponen por testigos á Dios y al cielo; juran sobre su vida, sobre su fortuna, sobre la vida de las personas que les son mas queridas; pero sabido es lo que

valen estas promesas tan repetidas. En la sociedad se procede mas francamente, y sin embargo las personas honradas no por eso cumplen menos su palabra.

Hay otros sugetos, dice Labruyere en quienes lo mismo es hablar que ofender: son por carácter picantes y amargos, y su estilo está lleno de hiel y agenjos. La mofa, la injuria, el insulto, parece que se destilan de sus labios como su saliva. Mas les valiera haber nacido mudos ó necios, pues que cuanto tienen de viveza de espíritu les daña mas bien que á otros su necedad, No se contentan con replicar siempre con acrimonia; atacan muchas veces con insolencia, hieren la reputacion de los presentes y de los ausentes, y topetean de frente y de lado como los carneros. ¿Se exigirá de estos animales que no tengan cuernos con que quieran? Pues no se espere reformar tampoco con esta pintura los caracteres duros y feroces que llevan consigo una indocilidad invencible. Lo mejor que debe hacerse es huir de ellos, y viéndolos de lejos, ni aun siguiera volver la cabeza para mirarlos.

Guardaos, pues, de pareceros al original de este retrato acordándoos siempre de que es necesario agradar para ser amado, y no desagradar para ser tolerado, y que siempre se ha de huir de hacerse aborrecible.

El célebre Moliere se burla de aquellas personas que tienen siempre un secreto que decirnos, y que este secreto no es nada. Con efecto, se ven algunas que en medio de un corrillo se arriman hacia su vecino ó vecina y le hablan al oido. Suele haber no pocos fatuos que emplean este medio para hacer sospechar una intimidad que no existe. Semejante aire misterioso y apariencia de secreto, es siempre insultante para las personas que son espectadoras, Hablad claramente, no digais jamás sino cosas que puedan ser oidas de todos: y si teneis cosas reservadas que comunicar, dejadlas para aquellos momentos de una confianza mútua que no quieren testigos.

Una zumba moderada constituye el encanto de la conversacion; alegre sin herir, y la escita sin amargura cuando se iba entibiando. Pero los necios estan siempre prontos á enfadarse, y á creer que se burlan de ellos y que se les desprecia. No debe por



lo tanto arriesgarse una zumba, aun la mas suave y permitida, sino con gentes urbanas y de talentos. Ha de evitarse en la conversacion la impetuosidad que se apodera de todos los asuntos queriendo hablarlo todo. Gentes hay, que en esto son tan estremadas, que ellas mismas hacen la pregunta y dan la respuesta, que dicen á uno; Vm. me responderá; Vm. me opondrá á esto; puede ser que me objete Vm. y yo diré á estos tales: PorDios, dejen Vms. decir; dejen Vms. oponer, y dejen Vms. objetar, porque debe haber la mayor franqueza en las conversaciones; como dice un gran poeta, aunque todo el mundo no sea un gran hablador, no hay nadie que no guste de echar su cuartito á espadas. Guardaos tambien al escuchar la historia ó relacion de un suceso de decir: eso lo sé yo muy bien; ó cortar desmentir á la persona que habla poniendo en duda alguna circunstancia, ó algunos pormenores de poca entidad. Llevad siempre por delante el conteneros y tolerar ciertos defectos á los demas, echando una ojeada sobre vosotros mismos, y conoceréis cada dia mas que todos tenemos necesidad de una recíproca indulgencia. Oigo, dice Labruyere hablar á Teodecto: apenas entra en la antesala, cuando á medida que se va acercando engruesa la voz: ya está dentro: rie, grita, vocea, tienen todos que taparse los oidos porque es un trueno, siendo tan temible por las palabras que dice, como por el tono con que las dice. Váse en fin apaciguando este alboroto para ir ensartando frivolidades y necedades, y tiene tan poco miramiento al tiempo, á las personas y al bien parecer, que cada uno se aplica algo de lo que él ha dicho, sin que él haya tenido intencion de echar indirecta alguna, y aun antes de sentarse ya ha incomodado á toda la concurrencia.

Este Teodecto por quien se pretende que Labruyere quiso señalar al conde Aubigne, hermano de la célebre Madama Maintenon, tiene desgraciadamente sus imitadores. Evitad con todo cuidado el ser de esta secta ruidosa, y llamad la atencion mas bien con el agrado y dulzura de vuestras palabras, que con el grande eco y ruido que produzcan.

No mintais jamás, pues fuera de que la mentira es indigna de un hombre de honor, se descubre muy fácilmente en el mundo, y espone á un bochorno y á la ridiculez. Todo lo ha leído, Arcas, dice Labruyere,

á quien citamos tan a menudo, porque sabe dar á los preceptos mas sabios un giro original é ingenioso. Arcas lo ha visto todo y lo quiere persuadir asi: es un hombre universal, y quiere hacerse pasar por tal, y prefiere el mentir á estar callando, ó aparentar que ignora alguna cosa. Si en una mesa se habla de un grande de una corte del Norte, toma inmediatamente la palabra se la quita á los que iban á decir lo que de él sabian, y se introduce en aquella remota region como si fuese natural de ella: discurre sobre las costumbres de aquella region, de las mugeres del pais, sus leyes y usos: cuenta anécdotas alli sucedidas, las da por muy graciosas, y él mismo se rie á carcajada, No falta en la concurrencia quien se atreve á desmentirle y probarle claramente que dice cosas que no son ciertas; pero no por eso se turba Arcas; al contrario, se anima mas contra el interruptor. Nada digo y nada cuento, dice, que no lo sepa originalmente: lo sé por M. N. embajador de Francia en aquella corte, que ha vuelto hace algunos dias, á quien conozco familiarmente, y le he preguntado con todo cuidado, y no me ha ocultado circunstancia alguna. Vuelve con esto á tomar el hilo de la conversacion con mas confianza que la habia empezado, hasta que alguno de los convidados le dice: pues ese con quien hablais “es el mismo embajador que acaba de llegar de su embajada.”

Es muy dificil hablar á tiempo. Hay materias sobre las que un hombre urbano y circunspecto no emprende hablar sino temblando, y tales suelen ser en cuanto pertenece á las mugeres. Es su honor tan delicado, tan tenue el hilo de su reputacion, que un soplo puede cortarle; y así es que cuando se ha de hablar de mugeres es preciso dar siete nudos á la lengua, como suele decirse, antes de empezar. Al referir la aventura de la señora N... ó al contar con un modo irónico la anécdota del dia, se compromete á veces el honor de las familias: y aunque se consiga hacer sonreir á la malignidad, no se adquiere la mejor opinion de sí propio. Las mugeres no gustan de que se pongan de manifiesto sus debilidades, y que se mire como juego una cosa en que constituyen ellas la felicidad de su vida. Hablad siempre bien de las mugeres, escusadlas, y pensad que en la sociedad es el mas bello papel el de ser su caballero. Tambien se tropieza en el mundo con gentes que son como bufones de profesion y encargados de divertir á los



otros. Su memoria está atestada de cuentecillos, de chistes, de equívocos, y poco a poco se hacen los móviles de todas las chanzas; pero para sostener este papel es indispensable mucho pulso é ingenio, y a veces no es estimado, porque siendo un pobre oficio el de hacer reir á los demas, no se gana con él el aprecio ni consideracion. Sed, pues, alegres sin ser serios, pero guardaos muy bien de haceros graciosos de profesión.

Al hablar de vuestra persona hacedlo poco y con modestia. Estamos siempre muy prevenidos para no conceder á otro las cualidades que quiere darse; y se reconocen con gusto las que él oculta y procura disimular.

Puede dividirse el hablar en hablar bien, en hablar con facilidad, en hablar con exactitud, y en hablar tiempo. Contra esto último pecan los que se estienden describiendo un banquete magnifico delante de gentes de una fortuna mediana y que tienen una mesa muy frugal; en decir maravillas de su propia salud delante de los enfermos; en hablar de sus riquezas, rentas y muebles á un hombre que no tiene renta ni domicilio; en una palabra, en hablar de su felicidad delante de desgraciados. Esta conversacion es muy fuerte para que pueda ser sostenida, y odiosa la comparacion que necesariamente forma el oyente entre su estado y el vuestro.

No habéis á cada uno sino de aquellas cosas que puede entender. No habéis de caza á un religioso, ni de ritual á un militar. Guardaos de manifestar vuestros conocimientos en química delante de una muger, y de modas y de tocador á un físico.

Acomodaos siempre á la edad, á los conocimientos y á la situacion de las personas, pues que hay discursos que pareciendo en sí simples naturales, son duros y crueles cuando se dirigen á ciertos individuos. Por ejemplo, es muy cierto que perdido el honor no se recobra jamás; pero abusaríais de vuestra posicion si ostentaseis grandes máximas decís que

Una isla es el honor tan escarpada
Que una vez fuera de ella, no hay entrada,

delante de una muger notada por alguna aventura ruidosa ó delante de un hombre que ha cometido una falta de que tenga que avergonzarse.

Una cosa hay, dice un autor célebre, que jamás se ha visto, y que tiene apariencia de no verse nunca, y es un lugar que no esté dividido en partidos, en que todas las familias esten unidas, los parientes se vean con confianza, en que un matrimonio no produzca una guerra civil, y en que las etiquetas de clases se esciten á cada paso. Esto no es tan general en las córtes, pero como donde quiera hay hombres, se encuentran tambien en las capitales sociedades que se parecen á las de los lugares. Jamás entreis en partido alguno de las familias; esto no os toca, y si fuereis llamados para intervenir, apaciguad endulzadlo todo: sed conciliadores, pues no sin razon uno de nuestros autores cómicos ha difinido la palabra conciliador por la espresion de hombre amable.

No abuseis de la ironía; y si sois superior á las gentes á quienes habláis, no os la permitais jamás, pues vuestra posicion les debe poner á cubierto de vuestros tiros.

Se encuentran defectos pequeños que se abandonan con facilidad á la censura de los hombres, y sobre los que no deja nadie de ser zumbado. Esta especie de faltas ligeras y poco importantes debemos elegir siempre que queramos zumbarnos. El reirse de las gentes de talento es el privilegio esclusivo de los tontos.

Acordaos constantemente que el afectar desden, el no estimar sino poco ó nada, el darse un aire de superioridad sobre todos, es justamente lo que hace que no se nos estime y que se nos coloque aun mas abajo de lo que merecemos.

El decir á una señora, nos vamos envejeciendo, señora; á otra, Vm. tiene hoy mal semblante: hablar á un anciano de su juventud delante de personas con quienes pretende rejuvenecerse, es cabalmente hacer lo que puede desagradarles mas, y lo que con mas cuidado se debe evitar.



No lleveis á la sociedad vuestras pesadumbres ni desazones. Si estas os entristecen é incomodan, quedaos en vuestra casa con vuestras ideas melancólicas; pero si tratais de disiparlas buscando para el efecto las distracciones de la sociedad, no impongais vuestras penas por castigo á todos sus individuos. Es preciso dejar siempre en la propia casa las pesadumbres, y no ir á turbar la alegría de los otros: personas hay que llevan á una tertulia una figura triste con todas las apariencias de unos conjurados que conspiran contra la alegría comun.

Si se os pide contad una historia o una anécdota, pero sin olvidaros de que nada es tan difícil como este empleo. Muchas veces piensa N. que es alegre, ligero y agudo, y no tiene nada de eso; y el imponer en tal caso á la gente que os rodea la obligacion de escucharos por mucho tiempo, es una penitencia dura. Sed, pues, sóbrios en la narracion, porque sobre esto nos suele engañar el amor propio. Evitad los equívocos y menudencias que suelen ser propios de los titereros y bufones, pues por un dicho agudo que por casualidad pueda salir de vuestros labios, direis veinte necedades que causen ó tal vez hieran á alguno.

No habéis de vuestra muger ni niños; no conteis sus travesuras ni condeneis á toda una reunion á que admiren como golpes de talento, rasgos de niños que solo pueden interesar al padre, á la madre, ó á los abuelos. En fin, procurad hacerlos agradables tanto por lo que digais, como por el modo con que lo digais. Esfozaos a que vuestra voz salga armoniosa á variar sus inflexiones; que el tono no sea monotono: pronuciad claramente, no mortifiqueis los oidos de los que os oyen, y les es obligueis á que os vuelvan a preguntar. Estas atenciones, por pequeñas que os parezcan, son señales de estimacion y deferencia para con las gentes con quienes se vive, y constituyen parte de urbanidad.

De los habladores

Es media noche y vuelvo de una tertulia en la que, fuera de lo acostumbrado, el dueño de la casa no ha puesto mesa de juego. Entro, pues, en mi casa con los duros que llevaba ya sacrificados de antemano para lo que exige una moderada partida, y que casi tengo

pesadumbre de no haberlos perdido. Es verdad que la reunion se componia de hombres de gusto, de artistas y de algunas señoras hermosas. Cuando yo llegué giraba la conversacion sobre la literatura; se hablaba de ella sin pasion, y cada uno daba de buena fé su parecer sobre las materias que ocurrían; advertí inmediatamente que no se encontraba en la sala un solo literato, y me alegré pensando que iba a encontrar placer y variedad en donde habia ya contado pagar con mi bolsa algunas horas de fastidio. Poco tiempo hacia, despues de mi llegada, cuando vinieron á anunciar un tertuliente. Me asomé al observar el que un nombre pronunciado en alta voz por el lacayo escitó un gesto en el dueño de la casa y en sus mas íntimos tertulientes. Desde luego conocí que no se le aguardaba; ¿pero qué importa si venia sin ceremonia á tomar parte de un pavo ó de una buena trucha? No era difícil acertar en qué consistia el descontento que se manifestaba en algunas fisonomías; mas me hacia cargo de que habiendo conversacion bastante, y en donde quiera para toda clase de gentes, poniendo por su parte lo que se le exigiese, el recién venido no podia contribuir sino á la variedad y el interes.

Pronto mudé de opinion. Antes que se le hubiese presentado, una silla nuestro importuno habia ya dirigido la palabra á cada uno, pero con tal volubilidad que se me figuraba el redoble de los tambores de la retreta. En un instante supimos los nombres y aventuras de todas las personas á quienes habia visto en todo el dia: supimos desde el primer pedimento hasta la apelacion todas las circunstancias de un pleito puesto al primo de la sobrina de su sastre. Ya nos habia dicho diez veces que toda la mañana habia llovido, pero que el barómetro subia, y que sin duda ninguna á la mañana siguiente haria el mas hermoso dia del mundo. Era preciso escucharle por fuerza. Si habia alguno que empezase alguna conversacion con su vecino, se levantaba y apoderándose de él por el cuello de la casaca, con un “iba á decir à V.” le obliga á no perder una palabra de su inagotable charla.

Muy bien se puede huir de un hablador en una tertulia, pero no halló medio para sustraerse de él cuando se le encuentra en la calle. Es en vano el fingir no haberle visto, porque si él los ha visto, se acerca y os tiene por espacio de una hora debajo de una gotera para hablaros o del gobierno de la China, ó del nuevo



trage del gran señor Mahamut II. ¿Qué partido se ha de tomar en tal caso? Armarse de paciencia, porque la fuga es imposible: á menos de querer dejar por despojo a nuestro hablador el cuello de la capa, una vuelta, ó un boton de nuestro frac.

De los semi-literatos

¿Quién no conoce á muchos que aspiran á literatos y solo han tomado los defectos de aquellos á quienes han querido imitar? Semejantes hombres ¿se encuentra con algunos que hayan salido de la línea general, o con quien haya publicado una obra que se haya merecido la atención pública? No hay remedio sino que le han de abrumar á fuerza de fastidiosos elogios, y que se han de hallar siempre en las sociedades en que se acoge á los hombres de mérito: porque aspiran á participar del brillo que no tienen, por solo rozarse con los que lo poseen.

Con esta clase de personas no se debe temer el ser impolíticos, y se debe romper inmediatamente con los que espetan cumplimientos ridículos, y os descalabran á incensarazos.

Regularmente los semi-literatos ostentan todo su saber con las mugeres. Como ellas son mas accesibles á la alabanza que los hombres, encuentran en sus encantos un texto sobre el cual estan disertando eternamente: pues no puede haber hombre tan poco advertido que las saque los colores al rostro al decirles que son amables ó bonitas. Ved aquel corrillo compuesto de mugeres de todas edades: solo un hombre está en medio de ellas; su fisonomía indica lo contento que está de sí mismo, se sonrie con satisfaccion á cada palabra que suelta, mirando á todos lados con aquel aire que quiere decir: ¿no es verdad que esto está muy bien dicho? Este hombre es un semi-literato, y se halla en disposicion de disparar un centenar de requiebros galantes que hubieran pasado por comunes aun en tiempo de la caballería; pero particularmente saca sus obsequios del reino vegetal: cada una de las señoras es una flor, y ya se sabe de antemano qué papel ha de hacer la rosa en esta escuela de galantería botánica.

Hubo sin embargo una época en que semejantes gentes brillaban en la sociedad y aun adquirian una reputacion, pero no es así en nuestros dias. Ya las señoras tienen demasiado discernimiento y modestia para ser presa de estos necios cumplimenteros: gustan

que se haga justicia á sus gracias y atractivos, pero ya no quieren que se las compare á las flores, y sobre todo á la rosa que se marchita tan pronto.

Del modo de saludar

La salutación es la piedra de toque del buen gusto. Hay mil maneras de saludar segun las personas á quienes se saluda; pero la salutacion puede ser respetuosa, cordial, afectuosa ó familiar.

Se ha introducido una moda de ultramar que parece el refinamiento de urbanidad que en encuentra entre ellos, y consiste en que cuando se encuentra á una señora fuera de una tertulia, se aguarda para saludarla á que ella manifieste haber reparado en uno. La salutacion debe corresponderse en todo caso. Es una letra á la vista á la que no se puede faltar.

Cuando en seguida de haber saludado se emprende conversacion con un superior ó con una señora, se estará con el sombrero en la mano, hasta que hayan convidado una vez ó dos á cubrirse.

Las damas saludan á los indiferentes con una inclinacion de cabeza, á los amigos con la mano solamente: ¡dichoso aquel respecto al cuál usen de una rápida ojeada en vez de otra fórmula alguna de urbanidad!

En cuanto á los saludos de los empleados en alto puesto es necesario hacerlas segun las consideraciones independientes de la urbanidad, y la mayor o menor flexibilidad de la columna vertebral del que las hace. Sin embargo, hé aquí una regla que no tiene escepcion. Con el pretendiente el prodigar salutaciones, equivale a una negativa; esto es lo que nuestros abuelos llamaban Agua bendita de Corte, ó jarabe de pico.

Los saludos de proteccion, no pertenecen sino á los necios y a los repentinamente elevados: porque un hombre que se respeta corresponde una sola vez.

De la familiaridad

“Permítame Vm., amigo mio:” y apenas he tenido tiempo para mirarle cuando ya ha introducido sus dedos en mi caja, los ha sacado y echado al suelo la mitad del rapé. Este amigo querido, á quien jamás he



conocido, debía á menos no tener tanta familiaridad.

Una de las polillas de la sociedad son seguramente estas gentes á quienes no se conoce sino por haber estado cinco ó seis veces en una reunion sin reparar en ellas; pero que se creen autorizadas para trataros como á unos amigos antiguos. Si os encuentran en la calle, os sacuden reciamente en el hombro, se informan de la familia, sin saber siquiera si se tiene, se inquietan por vuestros intereses y negocios mas secretos, sorprendiéndose de que se recate con ellos la confianza: en fin os dejan, despues de haberos pedido las señas de vuestra casa, y podreis teneros por muy feliz si no os han pedido algun dinero.

Al otro dia, cuando vais á sentaros á la mesa, veis llegar á vuestro importuno del dia anterior; viene sin ceremonia á pedir de comer; a querido sorprenderos porque así le gusta obrar con sus amigos; y sobre todo no deben gastarse ceremonias con él, porque esto le impediria venir otra vez. Come por cuatro, censurando siempre el plato que se le presenta: entre plato y plato se sopla un buen vaso de vino, y no puede acabar la comida sin café. No bien se han levantado los manteles, cuando toma su sombrero, y da las buenas tardes, tuteando al dueño de la casa.

He conocido un gorrón de esta especie, que principalmente perseguia á los hombres célebres por sus talentos, convidándolos á comer á su casa, esperando por este medio darse alguna reputacion. Un dia encontró al agudo Mr. Martainville, á quien muchas veces habia convidado á comer sin haberlo conseguido. Ahora, le dijo, ya no se me escapa Vm. Hace mucho tiempo que me ha prometido el venir á comer conmigo: le tengo á Vm. agarrado y le quiero para que cumpla hoy su palabra. En vano procuró defenderse Mr. Martainville pretestando un negocio indispensable; el otro no cedía, y fue preciso aceptar. Se ponen á la mesa, y la comida no duró mucho, porque apenas se presentó lo bastante para un enfermo que está á media dieta. Acabado el postre que se compuso de media docena de nueces, vea Vm. dijo el anfitrión a su convidado, vea Vm. aquí mi comida diaria; le he traído a Vm. como amigo, y cuantas veces quiera renovaremos este convite. = Pues señor, respondió el hambriento convidado, volvamoslo á renovar desde ahora.= Se ignora como tomó el convidador esta ironía,

pero puede apostar que no volvió jamás á convidar á Mr. Martainville.

FUENTE:

Rementeria y Fica, M de. (1829). *Hombre Fino al gusto del dia, ó Manual Completo de Urbanidad, Cortesia y Buen Tono: con las reglas aplicaciones y egemplos del Arte de presentarse y conducirse en toda clase de reuniones, visitas, etc: en el que se enseña la etiqueta y ceremonial que la sensatez y la costumbre han establecido: con la Guía del tocador y un tratado del Arte cisoria*. Imprenta de Moreno.

BIBLIOGRAFÍA

- Cruz, J. (2012). “El hombre fino” Courtesy Books and Male Bourgeois Conduct in Nineteenth-century Spain. *Bulletin of Hispanic studies*, 89(4), 347-362. <http://dx.doi.org/10.1080/14753820902783969>
- Kaufmann, C. (2002). Memoria de las urbanidades. Los manuales de formación moral y cívica en dictadura. En C. Godoy y H. White, *Historiografía y memoria colectiva* (pp.227-241). Centro HEAR.
- Vidal Díez, M. (2016). Cortesía verbal: los manuales de urbanidad a la luz de la retórica y de la teoría pragmática. *Boletín de la Sociedad Española de Historiografía Lingüística*, 10, 67-90. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=838528>